

Violencia y democracia

FERNANDO SAVATER

El astuto y eficaz Maquiavelo aconseja a su príncipe tiránico que, si ha de manejar la crueldad represiva contra sus enemigos, lo haga de una sola vez y a fondo, en lugar de en forma discreta a lo largo de los años. El dictador Franco encontró el medio de mejorar el consejo maquiavélico: durante los años inmediatos, al final de la guerra civil, llevó a cabo una implacable represión, exterminando físicamente a la mayoría de sus enemigos; pero luego, durante los lustros de su inacabable mandato, reincidió de vez en cuando en calculados y fríos accesos de ferocidad, de modo que nadie pudiera sentirse nunca demasiado seguro en la oposición. Fusiló a sus últimas cinco víctimas un mes antes de morir y este crimen postrero, cometido tras cuarenta años de autocracia impune y en una España tan lógicamente distinta bajo todos los aspectos de la de la guerra civil, es casi un símbolo atroz de su ejecutoria política (nunca mejor empleada la voz "ejecutoria"...).

Sin embargo, el terrorismo de Estado franquista logró suscitar en las clases medias y altas del país una relativa sensación de tranquilidad. El lema «Veinticinco años de paz» (que luego se amplió a treinta, cuarenta...) ocultaba un vicioso entramado de ahogo de las nacionalidades, tortura policial, anulación de toda representación política o sindical, oscurantismo religioso y universitario, genocidio cultural, corrupción económica, etc., pero permitía a los beneficiarios del conformismo forzoso disfrutar, al menos parcialmente, del relanzamiento económico de la Europa de posguerra, en cuya ola desarrollista bajo la égida yanqui viajábamos también los españoles. La España de los últimos estertores del franquismo -sobre todo en Madrid y Barcelona combinaba las ventajas tibiamente audaces de los espléndidos sesenta con una calma artificial de la vida cotidiana, algo así como una extraña congelación de ciertos conflictos urbanos que ya se planteaban en los países vecinos.

Esta placidez, por supuesto, no era ni mucho menos completa; Sin necesidad de referirnos a la fundamental brutalidad instituida en que se sustentaba, la presencia creciente de disturbios estudiantiles y la acción de hostigamiento de la guerrilla vasca demuestra suficientemente la inestabilidad profunda de una sociedad sólo superficialmente serena. Cuando hoy se cargan los crímenes terroristas en la cuenta negativa de la democracia, suele olvidarse que ETA nació durante la dictadura y *a causa* de la dictadura, que sus acciones más audaces -el asesinato del comisario Manzanos en San Sebastián, la voladura del almirante Carrero Blanco, vicepresidente del Gobierno, en Madrid- tuvieron lugar cuando Franco aún ocupaba el poder y que entonces gozaban de un grado de apoyo popular, incluso fuera del país vasco, incomparablemente más alto que el de hoy. En lo referente a la lucha universitaria, cualquiera de los que estudiamos nuestra carrera en la década de los sesenta podemos atestiguar -con cierta nostalgia, todo hay que decirlo- hasta qué punto la universidad autónoma es un límpido estanque de cisnes comparada con las belicosas turbulencias de antaño. Es lógico suponer que también otros aspectos del orden establecido estaban menos eficazmente «atados y bien atados» de lo que el Jefe Supremo pretendía hacernos creer, pero una prensa timorata y castigada, más experta en el sobreentendido y en el guiño que en la información, no nos daba entonces ocasión de comprobarlo.

Tras la muerte de Franco, el panorama cambió radicalmente. España se convirtió bruscamente en un país «moderno»: con drogadictos y terroristas, con homosexuales y

sindicatos, con partidos políticos y disidentes de dichos partidos, con pacifistas y feministas, con ateos y partidarios del divorcio o el aborto, con parados -muchos, demasiados parados- y también con un alto índice de delincuencia. Todos estos fenómenos -muchos de los cuales no tienen nada en sí mismos de reprensibles sino todo lo contrario- son síntomas actuales de la vitalidad de una nación desarrollada, no de su corrupción. Por lo demás, la mayoría de estas realidades ya existían en España durante el franquismo, pero artificialmente acalladas, negadas o perseguidas. El caso es que mucha gente se sintió extraordinariamente intranquila tras la muerte del dictador, pues el cambio social -que sólo hizo evidente lo que ya antes había en estado latente- y el cambio político -bastante moderado y circunspecto en sus planteamientos básicos- era demasiado súbito para su capacidad de acomodo mental. Aunque, sin querer hacer psicoanálisis social de andar por casa, pudiera asegurarse que la inseguridad creciente provenía fundamentalmente de la pérdida de esa figura paterna odiada/ temida/ amada bajo cuya sombra amenazante y protectora habíamos vivido durante demasiado tiempo.

La tradicional opinión acuñada en el extranjero que supone al pueblo español violento y sanguinario: las guerras civiles y ciertas aficiones folklóricas, como las corridas de toros, suelen aportarse a guisa de pruebas. Creo que se trata de una generalización afortunadamente errónea. Ese pueblo supuestamente feroz y cruel ha salido de una dictadura longeva que sí merecía esos adjetivos sin derramar una sola gota de sangre, sin ninguna revancha traumática contra los representantes del régimen anterior, aceptando la alternancia del juego democrático con perfecto *fair play* y con una buena dosis de sentido del humor. En lo tocante a relaciones humanas, libertad de costumbres, ganas de vivir e imaginación para lograrlo, España es un país verdaderamente excepcional en el conjunto europeo; en cuanto a la seguridad ciudadana que se puede disfrutar en él, sigue siendo notablemente más elevada que la de cualquier otra de las naciones de semejante desarrollo de economía y libertades políticas.

Las mayores amenazas que hoy pesan sobre el sistema democrático español son principalmente tres: terrorismo, golpismo y autoritarismo. Los terroristas son los restos de aquel ejército guerrillero vasco que se enfrentó al franquismo durante los años de máxima represión en Euskadi. Su lucha actual ya no tiene actualmente ninguna razón de ser, pero la estructura militar que se ha apoderado de ellos y subsiste por sí misma, aprovechando los fuertes sentimientos autonomistas del pueblo vasco y los recelos y torpezas del gobierno central. El golpismo militar es el peligro principal y más urgente; aunque su pretexto más habitual es la existencia del terrorismo (producto, como ya hemos dicho, de la dictadura y no de la democracia), si éste faltara inventaría, sin duda, algún otro agravio en cualquiera de los aspectos de la transformación social, pues de lo que se trata es de reimplantar la estructura de poder y de dogma vigentes en la dictadura. El autoritarismo democrático es un riesgo no inherente al sistema español, sino a bastante más países europeos, en los que el terrorismo o cualquier desorden semejante sirve de coartada para leyes de excepción, cárceles de máxima seguridad, formas encubiertas de tortura o «guerra sucia», hipermilitarización de la política, etc. Si se logran resolver o esquivar estas amenazas, la sociedad española se consolidará en una línea democrática en la que libertad y seguridad no sean incompatibles, sino complementarias; una sociedad ciertamente conflictiva, pues así lo impone su vitalidad histórica, pero no suicidariamente violenta.